

**María Zambrano.**  
**Aproximaciones**



José Ignacio Eguizábal

**María Zambrano.**  
**Aproximaciones**





©EUNA  
Editorial Universidad Nacional

Heredia, Campus Omar Dengo  
Costa Rica  
Teléfono: 2562-6754  
Correo electrónico: euna@una.cr  
Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)

© José Ignacio Eguizábal  
María Zambrano. Aproximaciones

Premio en ensayo del Certamen UNA Palabra, Universidad Nacional (2015).  
Jurado: Randall Blanco Lizano, Mario Oliva Medina, Jaime Delgado Rojas

Primera edición 2016  
Producción editorial: Alexandra Meléndez C. amelende@una.cr  
Diseño de portada: Jania Umaña

921.6  
Z24E

Eguizábal, José Ignacio, 1957–  
María Zambrano : Aproximaciones / José Ignacio  
Eguizábal. -- Primera edición -- Heredia, Costa Rica :  
EUNA, 2016  
120 páginas ; 22 cm.

ISBN 978-9977-65-467-6

1. ZAMBRANO ALARCÓN, MARÍA, 1904-1991  
2. BIOGRAFÍAS 3. CRISTIANISMO 4. HISTORIA 5.  
ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, 1883-1956 6. LITERA-  
TURA ESPAÑOLA 7. ESPAÑA 8. PENSAMIENTO  
9. FILOSOFÍA I. Título

De conformidad con el artículo 16 de la Ley 6683, Ley sobre Derechos de Autor y Derechos Conexos, se prohíbe la reproducción parcial o total no autorizada de esta publicación por cualquier medio o procedimiento mecánico electrónico, con excepción de lo estipulado en los artículos 70 y 73 de la misma ley, en los términos que estas normas y su reglamentación delimitan (Derecho de cita y Derecho de Reproducción no Autorizada con Fines Educativos).

# Índice

El infierno de la temporalidad.....	9
Ortega y Zambrano: a propósito del coronel Lawrence..	33
Al fin de la batalla: apuntes sobre Ortega y Zambrano...	49
Zambrano-Valente: la destrucción y el amor .....	67
<i>Filosofía y Poesía</i> .....	85
Zambrano y Ortega. Notas .....	97
Cantar en el infierno: la música en María Zambrano....	109



# **El infierno de la temporalidad**







Que la obra de Zambrano está sólidamente anclada al tiempo que le pertenece no es obstáculo para considerar que algunas claves fundamentales para su comprensión se encuentran más lejos; seguramente, en el siglo III de nuestra era, cuando, a juicio de Puech, el cristianismo, el neoplatonismo, las religiones de misterios y la gnosis se disputaban el espíritu de Occidente. Si los entendemos separadamente y como materiales de construcción, puede que nos resulte cómodo, pero probablemente no comprenderemos el sustrato vital de nuestra autora.

El mundo de las influencias en Zambrano es el de las mezclas en el que la obra de Ortega –¿la obra?, no, desde luego algunos aspectos de ella y entendidos siempre de modo personal– es una más. Llamemos eclecticismo a este enjambre de procedencias e intensidades, sobre todo intensidades, varias.

En Zambrano siempre hay que matizar y no porque le convenga la escolástica de lo sutil, sino porque rara vez le convienen las definiciones tajantes, de un pieza. No quiero decir que su eclecticismo sea una nota de descrédito –la misma con la que injustamente hemos tratado hasta hace poco la filosofía helenística– digo que su eclecticismo es radical. Es una obra que se niega a asumir cualquier arquitectura, cualquier sistema, con la misma libertad que toma de cualquiera solo lo que le conviene.

A mi juicio, el neoplatonismo de Plotino y una cierta gnosis forman dos de los soportes más importantes en el espíritu de esta obra singular. Sí, seguramente Zambrano es también cristiana, heterodoxa, desde luego. Más

preocupada de la esperanza y la caridad que de la fe. Son sus palabras. Con pocas referencias directas a Jesucristo en su obra y que hay que leer, seguramente, en clave de gnosís más que de ortodoxia. Y, sobre todo, con una idea de la historia absolutamente contraria al cristianismo oficial. Credenciales insuficientes o dudosas –por tanto– para cumplir la definición.

El cristianismo de Zambrano creo que debe entenderse en la matriz de las religiones de misterios. Se trata, como repetirá una y otra vez, de que el hombre renazca. Un renacer salvífico que no se puede producir en el mundo. El mundo y con él la historia es más algo de lo que salvarse que con lo que salvarse.

Si me permiten jugar un poco con la historia, nuestra autora podría formar parte de esos grupos gnósticos que Puech o Dodds detectaron entre los seguidores de Plotino a la llegada de este a Roma en el 244. Acudían, desde luego, a las clases del maestro, pero disponían, además, de un lugar propio de reunión que podría ser –por qué no imaginarlo– el hipogeo de los Aurelii, de cuyo descubrimiento en los años 20 nos habló un estudioso muy querido por Zambrano: Carcopino.

Seguro que la mayor parte de estos gnósticos abandonó al maestro tras la resolución fulminante de la Enéada II. Pero Zambrano se quedó. Aunque no del todo, podría pertenecer a otro subgrupo, fiel a su manera a la secta y también al grupo de Plotino. O infiel a cada uno de ellos, tanto da. Para acabar de mezclarlo todo, ya se sabe que entre esos seguidores había también cristianos.

Conviven en Zambrano varios tonos sobre el tiempo y la historia. Donde Ortega o lo orteguiano se deja escuchar, aparece un tiempo realizativo, fenomenológico. Pero donde se muestra más fiel a su espíritu y a su trasfondo aparecen el tiempo y la historia con tintes mucho más negativos y que cabría llamar, también en tono moderado, gnósticos. Desde luego, no son ni neoplatónicos ni menos aun cristianos.

Creo que uno de los aspectos más valiosos de la obra de Zambrano consiste, merced a la razón poética, en insertar de nuevo el *mythos* en el *logos*. Es en la época madura de nuestra autora cuando se consigue esto. Y me parece un acontecimiento de primera magnitud. No se trata de un anacrónico mandato de recuperación de los presocráticos, se trata más bien de una recuperación del *mythos* no como parte de una pedagogía ni como empaste espectacular de un estilo. Es una inmersión en el fondo originario de la experiencia humana. Y una recuperación de algo que no debió perderse. Un *mythos* que habla, o un *logos* que no ha perdido su matriz y que se reconcilia con la experiencia íntima de lo humano.

Pues bien, la mitología zambraniana procede –me parece– de la estirpe neoplatónica. Ese neoplatonismo no alcanza, sin embargo, al tiempo ni a la historia.

Ha sido García Bazán quien entre nosotros destacó la filiación oriental –el Vedanta, el Shankara– de la filosofía de Plotino. Esto, introducido en el helenismo filosófico, consigue que no haya lugar ni para una filosofía ni menos aun para una teología de la historia.

Plotino permanece fiel al espíritu griego: el tiempo circular, una cierta reencarnación, los acontecimientos se

repite. Pero más fiel aún al sentimiento antitrágico, antignóstico de la historia<sup>1</sup>:

...las matanzas y todas las muertes y las tomas y saqueos de ciudades deben ser contempladas exactamente como en los escenarios de los teatros. Todo un trueque, cambio de disfraces y representaciones de lamentos y gemidos. Pues aun en esta vida, en cada caso de la vida real, no es el alma interior, sino la sombra exterior del hombre la que gime y se lamenta y hace todo lo que hace teniendo por escenario la tierra entera, donde se han montado escenarios en muchos sitios. Porque tales actos son propios de quien no sabe vivir más que la vida externa de aquí abajo y desconoce que en medio de sus lágrimas está jugando aunque llore en serio.

Los cristianos suben muchos grados –todos los posibles– esta consideración. La historia existe, es providencial, los acontecimientos son únicos. Tiene comienzo y tendrá fin.

¿Y Zambrano? Zambrano es fiel al ambiente del hipogeo de los Aurelii. Es imposible la acción en la historia, un hueco negro del que nada cabe esperar. Una cruz que hay que sobrellevar. El talante gnóstico fundamental de Zambrano encaja perfectamente con las observaciones del libro clásico de Jonas.

La angustia, la nostalgia se presentan, por ejemplo, en la poesía mandea. La verdadera vida que se encuentra más allá del mundo; hay que pasar a través de mundos y eones –esto lo repetirá Zambrano en HD– para encontrar la salida. El terror que produce el tiempo, algo que no cabe sino soportar, será una constante en nuestra autora como

---

1 Plotino, *Enéada III*, trt. III, 2.<sup>a</sup> versión de J. Igal, De. Gredos, Madrid, 1986.

iremos viendo y es una señal crucial de la gnosis como precisa muy bien Jonas.

Si para Marción la historia es un caso de fracaso divino, Zambrano la considerará –en un tono menos intenso– como un fracaso del hombre occidental que quiere seguir el modelo sacrílego del Jehová creador.

¿Es griego, es clásico, es cristiano el temor al universo, al mundo? No, es gnóstico como iremos viendo en nuestra autora.

Para comprender los primeros escritos publicados de Zambrano hay que tener en cuenta la profunda religiosidad que constituyó su niñez y que para ella representó un apartamiento del mundo. “Yo me sentía feliz yéndome de este mundo, que este mundo no lo he aceptado del todo”, le comentaba en 1986 al poeta A. Colinas.

En el primer libro de Zambrano –*Horizonte del Liberalismo*– no hay rastro alguno de apartamiento, más bien lo contrario, pero en los escritos literarios de esos años –en torno a 1932– sí existen otras vivencias que encajan mejor en lo gnóstico. Esos escritos coagulan y maduran en Adsum, reelaboración de la crisis de nuestra autora a finales de 1928.

Porque, para hablar con un lenguaje orteguiano, las ideas zambranianas fueron en un tiempo entregarse a la historia, al mundo; pero las creencias eran más bien lo contrario: una vivencia del mundo como lo aplastante y de la nada como abismo amenazante y a la vez seductor.

Volaría a la nada (...) donde se curarían las heridas abiertas en mis ojos, en mis oídos, en mis sentidos, por la presencia inescapable

de esa potente realidad. Para librarme de ti, mundo, quiero irme... hacia una imperecedera desolación (...) Tengo que gastar mi esfuerzo, mi caudal, en que las cosas que luego me sujetan y atacan, adquieran el ser que se han propuesto. Crear a mi enemigo, sostener a mi enemigo, es el sino trágico de la vida, empresa gastada en elevar hasta el ser, lo que una vez llegado a él va a aplastarme.<sup>2</sup>

Este texto se publicó en 1934. No representa, contra lo que pueda parecer, la pura desolación existencial; encaja mejor en la visión del mundo gnóstica porque la salvación está, aunque no está ahí sino arriba como explica en otro texto: "...las estrellas (...) siempre amigas a distancia, como el amor, el verdadero amor no hallado, permanecen testigos de nuestra ansia".

Es significativo que en estos textos ya hable Zambrano del sentimiento de que "todo construir es violentar", algo que repetirá, por ejemplo, en el ya maduro texto de mitad de los 50, *Las ruinas*.

Por tanto, creo que una comprensión precisa de nuestra autora habría de llevarnos a interpretar sus escritos más comprometidos con la historia –desde HL hasta 1939– asentados en unas creencias de signo contrario. Esto enriquece también la comprensión de textos como *Persona y democracia*. Zambrano sale de la crisis del 28 entregada a la política que, como ella misma precisa en HL, es sinónimo de entregarse a la vida. La lectura de Nietzsche –un tónico que también había fortalecido al maestro– hubo de resultarle fundamental:

Afirmación de la vida, desconfianza de la razón, valor moral de todo lo que es aumento de vida, superación constante,

---

2 Límite de la nada, publicado en *El Urogallo*, sep.-oct., 1990, Madrid, pg. 36.

aprovechamiento del dolor en beneficio de valores positivos, heroísmo del individuo como encarnador de valores vitales. Nietzsche, en fin, o algo de él. (pg. 58)<sup>3</sup>

Tal vez teniendo presentes las creencias gnósticas entendamos mejor algunas precisiones de ese librito: “Creemos de nuevo en la posibilidad de la historia. Solo falta descubrirla poco a poco con amorosos ojos...” (pg. 22)

Propugna entonces una política “que ame tanto la vida que se encuentre con elasticidad bastante para correr tras ella, no para apresarla, sí para que la unión perdure”. (pg. 24)

En el haber de nuestra joven autora hay que colocar la denuncia del comunismo, del materialismo dialéctico; el interés por la libertad y la exigencia de una economía humanizada. ¿Una socialdemocracia? Probablemente algo muy parecido.

La entrega a la política-vida-historia implica una noción de tiempo humana, orteguiana; motor indispensable de realización:

Ante todo, será revolucionaria la política que cuente con el tiempo (...) germen de toda pureza y de toda fecundidad (...) el humilde limo terrestre, donde el fermento del tiempo hace germinar la vida. Ansiamos ya una política que reconozca este humilde y poderoso factor del tiempo. Y presentimos que está al llegar. (pgs. 31-32)

HL no ha quedado como una obrita inmadura de juventud, sino como un proyecto entusiasta de lo que serán las ansias más nobles de modernización de España, propiciadas por el advenimiento de la República. Una parte importante de estas ideas se continuará —como veremos— en

---

3 Horizonte del liberalismo (abrv. HL), Javier Morata (editor), Madrid, 1930.

*Los intelectuales en el drama de España y también en Persona y democracia.*

La República, sin embargo, fue un sueño breve, inmediatamente asaltado por una pesadilla bien real: la guerra civil.

Las circunstancias, en el 36, no podían ser más aciagas. Pero Zambrano las asume heroicamente. Para ello le bastan los presupuestos que ya hemos señalado y la noción romántica de pueblo que ya no le abandonará:

Por irracionales y repletos de violencia que sean estos momentos, tienen que contener en sus entrañas una profunda razón de su suceso. Solamente si queremos y nos decidimos a buscar en la terrible presencia de la guerra y la revolución su profunda razón de ser (...) la estaremos viviendo como hombres. (pg. 22)<sup>4</sup>

Aparece también aquí otro aspecto del diagnóstico sobre Europa que se repetirá en obras posteriores: ha obrado como un adolescente, no ha sabido vivir los acontecimientos. La guerra –la 1.<sup>a</sup> Guerra Mundial– tendría que haber propiciado una conversión y el fascismo se hubiese evitado.

Podría pensarse que usar el término conversión es el primer síntoma del cambio de rumbo zambraniano. No lo creo. Habida cuenta de la afición de su maestro por desacralizar términos (conversión, revelación...), puede muy bien entenderse –aún– orteguianamente en vez de gnósticamente.

El fascismo se presenta para nuestra autora –en pleno desarrollo de HL– “incompatible con la confianza en la vida (...) hay un nudo estrangulado en el alma del fascista que le cierra a la vida” (pgs. 31-32). Y la raíz del análisis

---

<sup>4</sup> *Los intelectuales en el drama de España* (abrev. IDE), De. Hispamerca, Madrid 1977.



se encontraba ya en ese librito: “Faltaba algo que la inteligencia sola no podía traer: una intuición del hombre, un proyecto de hombría.” (pg. 32)

El proyecto de hombre lo encarna ahora el pueblo español, desangrándose:

Pero para que tal ocurriese era menester primero una experiencia, es decir un hecho vivido íntegramente sin rehusar todo su fruto. Una experiencia en que el hombre de hoy se entregue a la vida, o lo que es lo mismo, a los acontecimientos, y los apure hasta el fin (...) Es la revolución, la verdadera, no puede ser otra. Y es España el lugar de tal parto dolorosísimo. Por su infinita energía en potencia, por su virginidad de pueblo apenas empleado en empresas dignas de su poder y por su profunda indocilidad a la cultura idealista europea, tenía que ser y es España (...) Es ahora el pueblo español quien en su heroísmo infinito, en resistencia increíble ante las feroces fuerzas del fascismo, quien nos alumbra un nuevo hombre, una nueva realidad que antes no había... (pg. 33)

Desaparecerá de una vez para siempre la arqueología de España y las disputas sobre su huella en el mundo. La huella de ahora es surco que penetra tan hondo en la naturaleza humana que alumbra zonas inéditas del hombre, aunque profetizadas y presentidas. Una nueva revelación humana que nos hace a todos reconciliarnos con la vida a través del sufrimiento y de la muerte. (pg. 99)

Estos magníficos escritos llegan hasta 1937 cuando la guerra parecía que se podía ganar. Cuando se sabe que se va a perder, a mitad de 1938 aparece en Zambrano una figura muy querida, Séneca; y asoma ya para no desaparecer jamás un término que debemos leer en clave gnóstica, la tragedia:

Todo pueblo de gran tradición posee una serie de ejemplos, de antecedentes preclaros, que le señalan otras tantas maneras de

enfrentarse con la vida; figuras de tragedia, de la tragedia que es siempre un pueblo y más si el pueblo se llama España. ¿Puede el pueblo, el pueblo español, seguir el camino de Séneca? (...) ¿puede un español sin traicionarse resignarse? Un español de hoy no puede elegir el camino de la resignación, porque al hacerlo deja vacía la escena donde se juega la tragedia del destino humano. (pgs. 171-172)

Nos vamos precipitando hacia la catástrofe y eso lo anuncia ya cinco meses más tarde en su ensayo sobre misericordia:

Por debajo de los hechos históricos sigue transcurriendo la corriente de vida que la hace posible (...) forman la entidad que se llama pueblo, entidad a la vez humana y divina, puesto que no podemos inventarla y más bien es ella quien nos inventa a cada uno de nosotros (...) En esa corriente viva que llamamos tradición se asientan las raíces de nuestra cultura verdadera (...) de ella nos viene la fuerza capaz de vivir y morir, la fuerza capaz de hacernos creer que pervivimos cuando ha sonado la hora de la aniquilación. (pgs. 138-140)

Curiosamente, en noviembre de 1938, escribe uno de los últimos textos para Hora de España, dedicado a la poesía de Neruda. La realidad se ha vuelto ignota y produce miedo: “miedo, en efecto, nos produce siempre la realidad indomeñada, la realidad que se presenta como se presenta siempre toda realidad, llamándonos y repeliéndonos, amenazando abstraernos en su seno inacabable”. (pg. 157) Estamos volviendo a *Límite de la nada*.

Ahora, agotadas ya las energías de HL, comienza el desarrollo propiamente gnóstico. Vuelven, por eso mismo, las creencias a inundar el excelente edificio de ideas que nuestra autora había alumbrado en 1929. Esto generará otras ideas, acordes con aquellas creencias. El acontecimiento de

la guerra civil se transfigura y deviene símbolo de la historia misma. La acción ya no será posible. Más cerca de la gran negación gnóstica que de ninguna realización futura en el mundo. El fracaso de la República será, por tanto, la señal del fracaso del hombre en el mundo.

Esto implica necesariamente otra forma de entender el tiempo; no la de HL. Una forma que prepara la transfiguración, según confiesa a Rosa Chacel en junio de 1938<sup>5</sup>: “Mi tiempo, el tiempo que aquí corre no es ya de este mundo...” y en 1941:

...estoy sola, absolutamente sola. Que ya lo estaba en el periodo último de la guerra en España, en Barcelona, donde pasé el tiempo más feliz de mi vida, pues la proximidad de la muerte constante, la soledad y el haberme por completo evadido de la burocracia, de necesidad, me hizo crecer un comienzo de alas. Desde entonces mi vida, se me figura una lucha constante, más bien un agobio entre aquella felicidad que entonces probé y la necesidad de estar todavía en un mundo que cada vez entiendo menos. (pgs. 36-39)

Zambrano está iniciando, ha iniciado ya, el proceso de transformación de la guerra en un acontecimiento, además de histórico, sobre todo, simbólico. Lo que se le empieza a mostrar es el ser del hombre en el mundo, el ser maligno de la historia que es caída. Le empiezan a crecer –platónicamente– alas. Su mundo ya empieza a no ser de este mundo:

...me lleva a escribir (...) la necesidad de hacerme mi casa, de rememorar un hogar, de encontrarlo, ya que lo he perdido. En España tampoco lo tenía ni en ninguna parte del mundo, pero

---

5 *Cartas a Rosa Chacel*, De. de A. Rodríguez-Fischer, De. Versal, Madrid, 1992.

siempre había como un resplandor de ese mundo perdido. (*ibidem*, pg. 42)

*Persona y Democracia*<sup>6</sup> es muchas cosas. Representa, sobre todo, una de las aportaciones más interesantes y sugestivas, más hermosas, a la cultura política española que se haya realizado desde el fin de la guerra civil. Una toma de posición magnífica por el ciudadano, por la persona y por el único régimen político a su altura: la democracia.

Cuando Zambrano decide, muy a pesar suyo, retomar la voz de lo político, reconecta con su obra primera –HL– en las directrices más sugerentes de aquel librito. El hombre, la persona, es el hombre del pueblo, “decir pueblo es decir ecce homo.” (pg. 136) No hay que temer a la realidad en su cambio que es el absolutismo, que es lo que en HL llamaba política conservadora.

Y realiza su particular lectura de Ortega, entendiendo el “somos necesariamente libres” como “somos necesariamente personas” y queremos serlo. Una manera de intensificar la carga moral ineludible en la circunstancia, del maestro.

La lectura –breve– que quiero hacer de PD, sin embargo, no es esta. Es, en mi línea de lectura de Zambrano, una lectura gnóstica que creo que los textos de nuestra autora y también este poseen. Naturalmente, y sería ridículo pensar otra cosa, es solo una perspectiva más en una obra que posee muchas y muy complejas.

---

6 *Persona y Democracia* (abrev. PD). San Juan de Puerto Rico, Departamento de Instrucción Pública, 1958. Reedición en De. Antropos, Barcelona, 1988. Citamos por la reedición.